

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



LA COPA DE LA FELICIDAD

POR
CONSTANCE BINNEY

N.º 135

30 cts.



ROBERTSON, John Stuart

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Via Layetana, 12 - Teléfono 4423 A - Barcelona

Año III

N.º 135

La Copa de la Felicidad (THE MAGIC CUP, 1921)

Preciosa producción cinematográfica
interpretada por la bella y célebre artista

CONSTANCE BINNEY

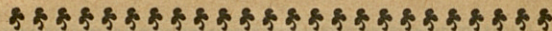


EXCLUSIVA DE

COMERCIAL FILMS

BALART & SIMÓ

Balmes, 74, Pral 2. - BARCELONA



La copa de la felicidad

Argumento de la película

En la plaza de Wáshington de la barriada de Greenwich, se hallaba el hotel "Bristol", el más aristocrático de la ciudad.

Este hotel tenía su cocina, como es natural, y en ella el personal, sometido, como todo en la vida, a subidas y bajadas, según las circunstancias.

María Malloy, pinche del hotel, era en él una especie de Cenicienta.

Aquella noche, como todas, el trabajo era abrumador. La señora Nolan que estaba al frente de la cocina, iba distribuyendo el trabajo mientras hablaba con su charla interminable.

—Hija mía, lava estos platos — dijo a María—. Yo tengo un dolor en la espalda que no me deja respirar, ni mover los brazos.

—Los brazos no, pero los dientes sí que los mueve usted bien... — le respondió la muchacha

Y es que la señora Nolan, hablando y todo, devo-

raba un ala de pollo que habían devuelto intacta del comedor.

—Si no fuera por mí que lo aprovecho todo, el despilfarro en esta casa sería espantoso — añadió—. Pero ¿qué diablos hace ahí esa corona de espinacas? — preguntó señalando una pared.

—¿No se ha enterado usted aún de que esta noche es Nochebuena?

—¡Nochebuena!... ¡Pues ya sabemos lo que nos espera! ¡Más platos que fregar!

Y mientras en la cocina proseguía el monótono trabajo de la limpieza, en el vestíbulo del hotel unos empleados esperaban el momento de abrir la caja de los aguinaldos.

Habían puesto la cajita sobre una mesa con un cartel apropiado... Algunos clientes habían echado algunas monedas, pero eran muchos los que pasaban de largo.

Las gentes de aquel hotel no eran precisamente las más generosas del mundo. Se reunían en los salones para celebrar con toda pompa la Nochebuena, pero no se acordaban de los humildes servidores que también querían su parte.

A media noche unos empleados hicieron el recuento de la cantidad donada por los clientes...

Acababan de anotar la exigua cifra recogida, cuando hizo su aparición en el "hall", Adolfo Norton, un repórter que se metía en todo y en todas partes.

—¿Qué? ¿Mucho dinero? — preguntó.

Uno de los empleados, con gesto de amargura le contestó:

—Estos son los aguinaldos. Tocamos a treinta y nueve centavos a cada uno. ¡Nuestros clientes son muy buenos para nosotros!

—¿Muy buenos?... ¡Son unos miserables! — respondió, indignado, el periodista.

—¿Qué le vamos a hacer? No se les puede obligar a más.

—¡Déjemelo a mí! Ya verá como les saco los billetes a esos roñosos...

Y con la decisión de su franco carácter, cogió la cajita y se fué hacia los salones del hotel.

—¡Señoras y caballeros! — gritó—. Esta noche es Nochebuena y ustedes la están celebrando. Pues bien, el personal del hotel también tiene derecho a la vida y poco podrá gozar de ella con unas cuantas monedas de cobre que les corresponden de sus aguinaldos.

Sonrieron aquellas gentes ricas, ufanas en su egoísmo.

Norton continuó:

—Yo contribuyo con este billete, y soy un pobre periodista. ¡Al que no dé lo que en justicia debe dar, me lo dejaré en el tintero al reseñar la fiesta!

Estas palabras que iban directamente a su necia vanidad de humanos pudieron más que todas las invocaciones a la compasión y al espíritu generoso.

Con el temor de que no salieran sus orondos nombres en el periódico, aquella elegante multitud abrió sus bolsos y carteras y la cajita llenóse rápidamente.

La suscripción fué un éxito. Y después de agradecer el periodista la "forzada" caridad, corrió al despacho del administrador para proceder al reparto.

Abajo, en la cocina, María seguía fregando platos, mientras la señora Nolán apilaba los que iban constantemente llegando del comedor.

—¡Madre de mi corazón! — exclamó la última—. Parece mentira que queden tantos cacharros después de los que llevamos rotos.

—Sí que debe importarle mucho, señora Nolán — respondió María—. Usted con comerse lo que venga en ellos, ya tiene bastante.

—Antes he hecho lo que tú haces ahora, y por eso he llegado hasta donde he llegado — le dijo, picada, la señora Nolán, que, por lo demás, siempre había protegido a la muchacha.

Un botones entró precipitadamente en la cocina:

—Que suban ustedes al recibidor...

La mayor sorpresa se retrató en los ojos del personal. ¿Qué ocurría? ¿Es que les despedían, por ventura?

—Nada de eso. Se ha recogido más dinero para el aguinaldo.

La alegre noticia entusiasmó a todos. Subieron alborozados, dando voces de júbilo. María quiso ir también... Pero uno de los cocineros la atajó con brusquedad.

—No te molestes. En este reparto no entras tú, que sólo llevas aquí un mes.

La muchachita intentó protestar, invocando que también ella necesitaba dinero.

La mirada dura de aquel egoísta la contuvo.

—Tú, a seguir fregando...

—Bueno... pero es muy triste...

Quedó sola en la cocina, mientras en lo alto, el personal invadía el recibidor. Iba a comenzar el reparto.

El periodista Norton cantaba los nombres de los empleados y el administrador les entregaba el dinero. A cada uno le tocaba una buena porción de dólares.

Algunos de los donantes asistían al simpático acto. ¡Qué listo era el periodista!

—He aquí las personalidades a las que deben ustedes sus padecimientos del estómago — dijo Norton riendo—. La señora Nolán, que está al frente del Negociado de Cocina...

La aludida recogió su dinero y saludó con torpe plebeyez.

—Herr Bergenanch, que boga, como el más experto marino, en las inmensas ollas del consomé...

El cocinero guardó su aguinaldo y sonrió con su rostro mofletado.

—¡María Malloy! — gritó el periodista—. ¿Dónde está María Malloy?

—Ah, ¿también ella? Está abajo, en la cocina...

—Pues bien... yo mismo le llevaré su aguinaldo...

Y marchó a entregar lo que le correspondía a la ingenua.

Vió en la cocina a una hermosa muchacha que fregaba platos, y se acercó lentamente.

—Permítame, joven, que me presente — le dijo riendo—. Soy Adolfo Norton, periodista, para lo que usted guste mandar. Y le traigo su parte de dinero...

La muchacha tomó, sorprendida, aquella cantidad con la misma sonrisa ingenua que un niño guarda su regalo de Reyes...

—¡Gracias... gracias! ¡Oh... qué contenta estoy!... ¿Pero es posible que se acuerden de mí? ¡No lo creía!

Metióse el dinero en un bolsillo...

—¿No le va a dar miedo irse sola a casa con tanto dinero? — le preguntó él, interesado por el gesto y la palabra levemente triste de la jovencita.

—Cuando me vaya ya será bien de día. Tengo que fregar antes todos estos platos.

Y le mostró pilas enormes que se amontonaban sobre las mesas.

Animado por la simpatía que parecía rodear a María, el periodista agregó:

—Dicen que soy un excelente repórter. Voy a ver si sirvo también para fregar platos.

Y quitándose rápidamente la americana se puso a ayudar a la doncella.

—¿Qué hace usted? Va a mancharse.

—No le importe... Lo que quiero es que acabe usted pronto...

Y trabajó aquella noche al lado de ella, y la labor terminó mucho antes de lo que suponían.

María, agradecida en el alma por la bondad generosa de aquel joven, salió a la calle con él.

Terminada su tarea, habían marchado ya anteriormente los otros empleados de la cocina.

Las calles de Greenwich presentaban ese aspecto mezcla de tristezas y de alegrías que es propio de la Nochebuena.

María Malloy, acompañada de su espontáneo ayudante, se sentía invadida por la locura, más que de la fiesta, de tener dinero.



Entró en muchas tiendas, adquiriendo juguetes, golosinas...

Entró en muchas tiendas, adquiriendo juguetes, golosinas, pequeños objetos en número aterrador. Iba de un almacén a otro, satisfecha, emocionada, alegre... A su lado el periodista, cargado de paquetes, se sorprendía por la generosa dilapidación de todo el aguinaldo.

María saludó de lejos a Alejandro Timberg, un prestamista muy sentimental..., cuando no había di-

nero por medio. Algunas veces ella había tenido que acudir a su casa para empeñar alguna cosa de valor.

La joven seguía queriendo comprar cuanto le gustaba.

—Señorita, debe usted tener la familia más numerosa que jamás se ha conocido... — le dijo el periodista.

En los ojos de ella dibujóse una lucecilla triste.

—Se equivoca usted. No tengo familia. Soy sola en el mundo...

—Pues entonces... ¿esos regalos?

—Son para los pobrecitos...

—¿Usted? ¿A ellos?

Y admiró el corazón de aquella jovencita que viviendo en la escasez había derrochado el aguinaldo en obsequio de los míseros.

Comenzó la peregrinación por las casas obreras. María y Norton fueron entregando todo lo que habían adquirido, dejando en cada hogar el rayo de luz de su noble caridad.

María, alma noble, única, se quedaba sin un céntimo, para darlo todo a los demás. Y sonreía al ver la alegría de los hogares humildes donde dormían los pobrecitos niños sin juguetes, que mañana al despertar tendrían una emoción divina.

Y así fué continuando su labor por todo el barrio. Amanecía casi... El repórter se hallaba anonadado ante aquel gesto de la muchacha. ¡Qué alma tan hermosa! Y de pronto, después de consultar su reloj, adoptó una determinación:

—Señorita, debo decir a usted que yo tengo que ir por el periódico, porque si no, me van a dar el aguinaldo en forma muy poco grata...

Ella le dió las gracias por sus buenos servicios.

Norton estrechó la mano de la jovencita... y partió, prometiéndose verla de nuevo. Su imagen se le había quedado en el alma con la profunda huella del amor...

Apenas el repórter hubo desaparecido, ante los ojos de María se presentó un nuevo caso de miseria.

Vió a una pobre mujer que con un niño en brazos parecía guardar unos cuantos muebles viejos.

La sin ventura explicó:

—Acaban de ponerme los muebles en la calle... ¡Y no tengo dinero ni un mal rincón donde albergarme!

—¡Pobrecita! — dijo María, emocionada—. Tenga usted, todo lo que llevo — y le entregó unas monedas de cobre — mientras voy en busca de dinero para sacarla de apuro...

Y generosa, como la imagen del bien, corrió hacia su casa...

María vivía en compañía de la señora Nolán y allí, en un cofre, guardaba todos los objetos de su pertenencia entre los que figuraba una copa de oro que la había sacado ya varias veces de apuros.

Aquella noche, para salvar a la pobre mujer sin hogar, al llegar a su casa revolvió el arca hasta encontrar la copa. Iria a empeñarla, pero la mujer tendría un techo donde dormir.

La señora Nolán despertó, y, sorprendida, le dijo:

—¿Ya está la copa en danza? Pues sí que te ha durado poco el aguinaldo...

—Esta vez se trata de un caso de verdadera gravedad...

—¿Estás loca, María? ¡Siempre empeñándote para sacar de atascos a los demás!

—Pues si no me sirve para esto, no sé para qué me sirve. Además, ya sabe usted que siempre que la he empeñado me ha traído buena suerte...

Y María se encaminó una vez más a casa del prestamista Timberg.

Timberg se encontraba aquella noche acompañado de otros tres personajes: Pedro Vanner, su apoderado, que no se enternece ni en broma; Patricio Carbone, llamado "El Señorón", que ayudaba a Alejandro Timberg a especular con joyas empeñadas, sus-

tituyendo las piedras legítimas por otras falsas; y Crisanto Parson, conocido por "El Pasta", el brazo derecho de "El Señorón".

Se habían reunido los cuatro individuos para tratar de negocios y ver los últimos modelos de perlas fabricadas por "El Pasta". Estaban tan perfectamente imitadas que parecían salidas de las propias ostras.

María llamó a la puerta. Y Timberg, interrumpiendo la conversación con sus cómplices, franqueó la entrada. Al ver a María la recibió alegremente.

—Cuando la vi a usted antes con tantos paquetes creí que había heredado y la juzgué perdida como parroquiiana — le dijo.

—Pues nada de eso. Vengo a empeñar otra vez la copa...

Y le entregó una alta y hermosa copa en la que estaba grabado un escudo nobiliario.

Los amigos de Timberg se habían acercado a María. Vanner examinó aquel objeto y dijo:

—¿Dónde ha robado usted esta copa?

—Es mía. Forma parte de mi herencia — protestó la joven.

—Verdad es — agregó Timberg—. La ha empeñado tantas veces, que cuando no la tengo aquí parece que falta algo en la tienda.

El prestamista entregó a María doce dólares como importe de la copa. Y la joven, agradecida a Timberg, salió corriendo a remediar una inhumanidad de la justicia humana. Gracias al dinero entregado, la pobre mujer y el niño que dormían en la calle pudieron cobijarse en una casa y guardar otra vez los muebles.

La chiquilla, orgullosa de haber realizado aquella buena obra, regresó a su modesto hogar. Y a aquella misma hora, el periodista Adolfo Norton ganaba en la redacción el tiempo perdido con María, escribiendo a vuelapluma un artículo de elogio para todos los

concurrentes al hotel "Bristol" que habían contribuido a los aguinaldos.

Y allá en la tienda de Timberg, los cuatro amigos discutían sobre la copa.

—María es una muchacha huérfana — explicaba Timberg—. Su madre inventó la historia de que su marido pertenecía a una familia millonaria y que había muerto como un héroe en el mar... Pero yo no creo ese lío. El robó la copa en alguna parte, mas como a mí no me importa, le dejo que siga con su creencia.

Vanner se fijó en el escudo que la copa ostentaba e hizo un gesto extraño.

—¿Qué? ¿No vale los doce dólares que le doy por ella? — exclamó el prestamista.

—¡Vale muchos miles de ellos! Si pudiéramos inducir a esa joven a reclamar sus derechos, reales o ficticios...

El escudo que aparecía en la copa tenía las armas de una nobilísima familia irlandesa.

—Esa niña puede servirnos para realizar un negocio fabuloso si Timberg no pone reparo a los anticipos que ello origine... — continuó diciendo Vanner.

—¿Gastos? Siempre he de ser yo la víctima cuando se trata de hacer gastos...

—Pero esta vez es sencillamente un anticipo... Yo conozco la familia real o supuesta de María... Ello nos dará mucho dinero...

Y les sorprendió el sol hablando todavía de los pormenores del fantástico negocio... Iba a caerles una forutna en casa...



Dos días más tarde Alejandro Timberg comenzaba a poner en práctica el plan trazado por Pedro Vanner. Aprovechándose de la confianza que en él tenía

depositada María, estuvo a verla en la cocina del hotel.

—María, lea usted — dijo dándole un periódico—. Creo que ha de interesarle...

La muchacha leyó:

Se gratificará espléndidamente toda información acerca de Adela Malloy, viuda de Daniel Fitzroy, oficial de marina, que vivió en Nueva York bajo el apellido Malloy, y murió en el mar el año 1903. Informes a Sir William Fitzroy. Hotel Ritz.

Y junto al suelto aparecía retratada la misma copa que había poseído María.

Vanner, enterado perfectamente de la historia de aquella familia, había hecho insertar la noticia.

—¡Mire usted, María: es el mismo escudo y el nombre de su mamá! — le dijo Timberg.

La humilde criatura no salía de su asombro... ¡Aquella era una copa exacta a la que había tenido ella y el nombre era el de su madre! Sí, sí; se presentaría en el acto!

—Es un bonito asunto para un buen abogado — explicó Timberg—. Se lo podremos encargar al mío, a Vanner... Creo que tiene usted el deber de averiguar de qué se trata...

—Sí... sí... ¡qué alegría!

Entre el personal del hotel la visita despertó gran curiosidad.

—¡A que va a resultar que eres una princesa o poco menos! — dijo la señora Nolan—. ¡En tal caso acuérdate de mí! ¡Ya sabes que tengo muy buenas manos para la loza!

María se despidió de todos y marchó con el prestamista. Estaba segura de que algo importante averiguaría. Ella recordaba que muchas veces su madre le había hablado de que la familia de papá era noble e inmensamente rica.

Patricio Carbond, "El Señorón", se hallaba ya

instalado lujosamente en el hotel "Ritz", de Nueva York bajo el nombre de Sir William Fitzroy, dispuesto a recibir toda información.

El famoso "Fasta", que servía para todo, de acuerdo con su alias, había sido nombrado su secretario particular.

El mismo día el periodista Norton llegaba al hotel "Bristol" en busca de María. Allí le mostraron el anuncio que tal vez cambiase la vida de la muchacha, y el repórter, extrañado por todo ello, marchó al hotel "Ritz" en busca de su enamorada.

María Malloy, acompañada de Timberg y de Vanner, el supuesto abogado, llegó casi al mismo tiempo, al hotel "Ritz".

"El Señorón" tenía el verdadero aspecto de un aristócrata. Vestía de chaquet y su continente era severo y noble. Los cabellos blancos le daban un tinte de respeto.

Aquellos hombres habían preparado magníficamente la comedia sin que faltase ningún detalle.

La escena fué sobria, pero emocionante.

María llegó al anciano y le dijo:

—Soy María Malloy, la persona a la que usted busca, probablemente...

"El Señorón" pareció conmovirse...

—¿Sabe usted algo de Adela Malloy, viuda de Fitzroy?... — preguntó, anhelante.

—Era mi madre... Ella me dijo en varias ocasiones que papá había muerto en el mar, poco antes de que yo naciera, allá por el año mil novecientos tres, poco más o menos...

"El Señorón" pareció enjugarse una lágrima y murmuró:

—¡Pobre hijo mío! ¡Mi pobre Daniel!

María escuchó aquellas palabras, casi sin respirar, con la emoción de quien descubre un secreto. Y de pronto, abrazándose al viejo, exclamó:

—¡Abuelito de mi corazón, abuelito mío...!

—¡Oh, chiquilla!... ¡Nieta de mi alma! ¡Por fin te encuentro!

Y ella le besó y "El Señorón" notó que caían lágrimas de los ojos de su falsa nieta.



—¿Sabe usted algo de Adela Malloy, viuda de Fitzroy?

Sin poderlo evitar, él mismo se sintió enternecido. ¡Ah, demonio, las cosas que había que hacer para ganar dinero!

Timberg y sus cómplices admiraban a "El Señorón". ¡Con qué naturalidad, con qué realidad desempeñaba el papel de abuelo! Nadie hubiera sospechado la farsa.

Pero el periodista Norton llamó a la puerta y "El Pasta" le franqueó la entrada.

Al ver a María, el repórter se detuvo con una pregunta en los labios...

—Abuelito... déjale pasar — dijo ella—; es un buen muchacho... muy amigo mío... quiero explicárselo todo...

"El Señorón" y sus cómplices cambiaron un signo de inteligencia. Era necesario no suscitar sospechas. Y rogaron a Norton que entrase y le enteraron del feliz hallazgo.

El periodista se hallaba asombrado, encantado. ¡Y luego decían que en el mundo no ocurrían cosas extraordinarias!... María y él hablaron largo rato, recordando como si fuera en un tiempo muy lejano aquella excursión en Nochebuena. ¡Qué suerte tan inesperada la de la joven! ¡Una familia... y la riqueza!

María Malloy quedó instalada en el mismo hotel "Ritz" y Norton se despidió de ella, para correr hacia la redacción.

Deseaba escribir una sensacional información sobre la gran noticia.

Vistas las cosas a través del prisma del amor que le inspiraba María Malloy, la historia que brotó de su fantasía fué de las más impresionables y emocionantes.

Y el pintoresco relato narrado por Norton llegó hasta los suburbios de Nueva York y surtió sus efectos.

En un albergue nocturno, varios pobres comentaban la noticia que había leído uno de ellos. Decía así:

La pinche de un hotel se encuentra una fortuna y un abuelo. La señorita María Malloy y su copa milagrosa.

La heredera de los millones de Fitzroy es hallada en la cocina de un Hotel por una copa de oro que había empeñado para ayudar a una familia pobre.

Después de varios años de infructuosas pesquisas, el honorable Sir William Fitzroy miembro de una

antigua familia irlandesa, que hizo una cuantiosa fortuna en las minas de New South Wades, descubre a su nieta trabajando en...

Y seguía una larga información sobre la vida de María en el hotel.

—¡Hay personas que nacen con suerte! — dijo uno de los miserables.

El Malacara, un parroquiano del albergue, para quien la vida era una borrachera continua con raros intervalos de lucidez, gritó:

—Esto es una sarta de mentiras. Conozco la copa y su historia...

Se tambaleaba y moviase torpemente, desafiando a todos con la mirada de sus ojos irritados por el alcohol.

—¡Pobre *Malacara*, hoy has bebido como nunca...

—No, no estoy borracho... Sé muy bien lo que me digo...

Y arrebatándole el periódico se lo guardó afanosamente... Sus compañeros le acogieron con burlas.

—¡No queréis hacerme caso? ¡Pues me voy en busca de esa copa... y a vuestra salud!

Y desapareció dejando un fuerte olor a vino...

Pedro Vanner había montado el tinglado de la farsa con todo el aparato que su importancia requería, y acababa de instalar a María en Long Island, por juzgar que era el lugar más adecuado para ella... y para sus planes.

Haciendo alarde de riquezas y escudándose "El Señorón" en el noble apellido de Fitzroy, podían trabajar felizmente sus planes de falsificadores de joyas. Nadie sospecharía de ellos y substituirían cuantas veces pudieran las alhajas legítimas por las que tan lindamente falsificaba *El Pasta*.

Timberg que, por el momento, no veía modo de reembolsarse de los gastos efectuados, protestaba enfurecido.

Pero Vanner detenía sus quejas asegurándole que

la finca de Long Island era el cepo en que habían de caer los joyeros de la Quinta Avenida a los que el *Pasta* preparaba una sorpresa.

El Señorón llevaba encantado aquella vida de lujo. María era feliz al lado de aquel hombre al que creía su abuelo. Y el viejo se conmovía ante las cariñosas demostraciones de la muchacha.

Norton, el periodista, no dejaba a sol ni a sombra a María, con tanto gusto por parte de ella, como contrariedad por la de los demás.

Mas, para que nadie sospechara de la farsa, toleraban la amistad de María con el repórter, amistad que poco a poco iba convirtiéndose en amor...

Un día "El Pasta", secretario particular de "El Señorón", fué con María y Norton a una joyería.

Compró un bello reloj de pulsera para la joven, que ésta ciñó en un brazo.

Luego, mientras María hablaba con el repórter, se dirigió a una estancia contigua acompañada del joyero y le dijo:

—Sir William quiere dar una sorpresa a su nieta con algo digno de ella... perlas, por ejemplo.

—¡Oh, encantado!...

Le mostró el mejor collar que había en la tienda. ¡Qué honor para la casa tener un cliente de la categoría social de Sir William Fitzroy!

Era un collar magnífico para acariciar el cuello de la más hermosa mujer.

"El Pasta" no pudo reprimir un grito de admiración.

—¡Qué preciosidad! ¿Su precio?

—Ciento diez mil dólares.

—Bien... Mas, ¿puedo tomar nota del número y tamaño para decírselo a Sir William?

—No faltaba más...

"El Pasta" contó las perlas y guardó la anotación en el bolsillo.

Luego salió acompañado de María y Norton.

Entretanto, en la finca de Long Island, el prestamista Timberg seguía protestando contra los excesivos gastos.

—No se ponga usted así, que aun no ha visto lo mejor: el cuarto secreto — le dijo Vanner.

Fueron a él: era una habitación reservada, dedicada a laboratorio, donde "El Pasta" fabricaba las perlas que deberían substituir las legítimas.

—Para llegar hasta aquí hace falta todo lo otro, ¿entiende?

Timberg calló. Pero estaba cansado de pagar facturas de trajes, joyas y muebles, sin ningún resultado práctico todavía.

Lamentábase de nuevo sobre aquel mal negocio, cuando llegó "El Pasta", quien le habló del collar que había estado examinando. Le entregó la nota:

117 perlas, 14 brillantes, montura platino. Precio, 110.000 dólares.

—Me parece que para empezar no está mal ese golpe. ¿No? Ahora voy a fabricar yo un collar idéntico al que he visto.

Timberg se tranquilizó. ¡Si lograban realizar aquel golpe! ¡Soberbio comienzo!

María no quería disfrutar ella sola de tanta dicha y había mandado a buscar a la señora Nolán y a toda su prole.

Llegóse a la habitación donde se encontraba su supuesto abuelo y los tres compañeros, y les presentó a la señora Nolán.

—Abuelito, esta señora ha sido para mí una segunda madre.

Esta visita era algo no previsto por Pedro Vanner. Pero como deseaban tener siempre contenta a la muchacha, "El Señorón" recibió cordialmente a la vieja cocinera del hotel y la invitó a comer.

Aquella noche fué inolvidable para la señora Nolán y sus hijos. Se celebró un banquete opíparo al

que asistieron además de "El Señorón" y María, los amigos de aquél, el periodista, y la cocinera y su prole.

Fuó un festín magnífico que solazó cumplidamente a la golosa mujer. La señora Nolán comió casi medio cerdo que, enterito y sabroso, había sido presentado en una fuente.

El buen apetito se contagió a todos, con excepción de Timberg, que pagaba los gastos y se sentía de feroz humor.

Después de la cena, la señora Nolán y sus hijos se despidieron, bendiciendo a la antigua pinche del hotel y a su generoso abuelo. ¡Qué familia tan espléndida!

Norton y María fueron a un saloncito a hablar y soñar en el futuro. Porque se casarían; no creía él que el viejo se opusiese a la boda. Y se estrechaban dulcemente las manos como una promesa de su eterno amor.

"El Malacara", aquel mendigo del asilo nocturno, llamó entretanto a la casa de Long Island.

El criado quiso negarle la entrada, pero "Malacara", rechazándole a un lado, exclamó:

—¿Dónde está ese señor que se dice Fitzroy?

"El Señorón y el Pasta" acudieron al oír sus gritos. Timberg y Pedro Vanner habían marchado unos minutos antes.

—Vengo a poner en claro eso de la copa para que no se le suba a nadie a la cabeza... — gritó.

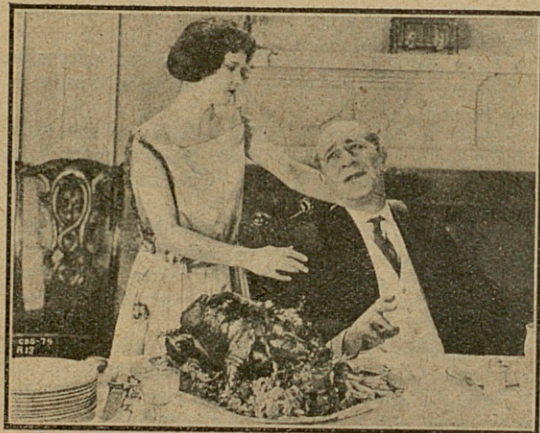
Los dos hombres se estremecieron. ¿Quién era aquel borracho? ¿Cómo sabía:

—Conozco su mentira, sé que usted no es realmente lord Fitzroy — prosiguió el recién llegado—. Si quieren que yo sea uno de tantos no hablaré, pero de lo contrario les voy a echar a perder la combinación.

"El Señorón" creyó que se las había con un pillo

que de modo extraño lograra averiguar algo de lo que se forjaba.

—Bueno, conformes... no grite usted... ni escandalice... y mañana veremos lo que se hace...



...con excepción de Timberg, que pagaba los gastos y se sentía de feroz humor.

—Habla usted bien, yo también quiero cobrar... Conozco eso de la copa...

Y mientras, en otro cuartito, Norton comunicaba sus impresiones a su amada.

—Todo esto me parece demasiado maravilloso para ser verdad, María — exclamó.

—¿Qué quiere usted decir?

El vivía uno de estos momentos de miedo, de cobardía de los que temen perder la felicidad llegada de repente.

—No sé, chiquilla. Pero para usted no tengo secretos. Estoy pensando en lo que pasaría si estos hombres no fueran lo que pretenden ser...

No sospechaba realmente de nadie, pero le parecía milagroso aquel encumbramiento, aquellas facilidades de riqueza.

—Pero, ¿es que usted cree capaz a mi abuelo de una cosa así?

Había cogido tanto cariño al viejo que se indignó, y apartándose de Norton le dijo despectivamente:

—No merece usted mi confianza. Lárguese y que no vuelva yo a verle más...

En vano se excusó Norton. Ella se mostraba enfurecida, exaltada. Y salió de la casa, lamentando que su indiscreción hubiera molestado a la que era único amor de su vida.



Al día siguiente todavía Norton pensaba en su posición. Al fin y al cabo aquellos hombres no habían presentado documentos que acreditasen su personalidad. Y el joven decidió consultar el caso con quien podía orientarle.

Fué a un famoso abogado y le explicó sus dudas. El jurisconsulto, extrayendo un libro de su biblioteca, buscó la historia genealogía y heráldica de la familia Fitzroy.

Junto al texto aparecía la reproducción de la copa de oro con las armas.

—Es el mismo escudo con las mismas armas — dijo el abogado—. Lord Fitzroy, según este libro, reside actualmente en Irlanda. Cablegráfíe usted a su castillo preguntando, si, efectivamente, el señor se encuentra en América, y de este modo podremos saber si se trata o no de una falsedad.

Así lo hizo el repórter, y horas después en el castillo de Irlanda el verdadero lord Fitzroy recibía este telegrama:

Digan si lord Fitzroy se encuentra en América. Hay aquí cierto individuo que pretende ser William y la copa lleva su cimera y escudo de armas. Contestación a Norton.

El noble irlandés, asombrado ante aquel telegrama que hablaba de la existencia de un hombre que había falsificado su apellido, se dispuso a embarcar para América con objeto de poner las cosas en claro.

En tanto, "El Pasta" y "El Señorón" preparaban el cambiazo de las perlas. "El Pasta" había trabajado ya varias noches seguidas fabricando un collar idéntico al que le mostró el joyero.

"Malacara", a fin de que no les comprometiera, había pasado a ser ayuda de cámara de "El Señorón". Lo que no había hecho era dejar su afición a la bebida.

Una tarde, "El Señorón" y María hablaban tranquilamente. De pronto, la chiquilla rogó al viejo le contase cosas de su padre.

El viejo balbució unas vagas palabras sobre la personalidad del muerto.

—¡Qué triste es no haber conocido a papá! — murmuró María, con lágrimas en los ojos.

"Malacara" que escuchaba la conversación, se estremeció. ¿Cómo? ¿Es que la muchacha no estaba complicada en la falsedad? ¿Creía tal vez en la historia de la copa?

Llamaron a la puerta y el mayordomo se apresuró a abrir. Eran Timberg y Vanner, que al ver a "Malacara" quedaron asombrados. Los tres hombres se sorprendieron mutuamente al encontrarse. ¡Ah! "Malacara" conocía a los dos cómplices de los tiempos en que, todos juntos, habían corrido la

mala vida. Al verles allí, complicados en el asunto de la copa, les dijo:

—¿No me conocéis? ¿No os acordáis de mí?

Vanner le reconoció con temor:

—¿Tú, Fitzroy? Pero, ¿no habías muerto?

—Ya ves. Y dime... ¿esa muchacha es realmente la hija de Adela Malloy, como dicen los periódicos?

—Sí...

—Entonces, es mi...

Calló, horrorizado, mientras Vanner y el prestamista le miraban con emoción.

Ya más tranquilo, "Malacara" agregó:

—No os apuréis. No he de descubrir nada. Jamás ella sabrá qué clase de hombre fué su padre. Pero no olvidéis que vivo aún y que si no la tratáis bien, lo pagaréis...

Y alzando amenazador el puño, marchó de allí, mientras los dos cómplices iban a encontrar a "El Señorón" y a "El Pasta" a comunicarles lo ocurrido.

"Malacara" se acercó a María, que estaba pensativa, recordando a Norton, que desde la noche de la disputa no había vuelto por la casa.

Aquel desgraciado contempló con amor a esa muchacha, hija suya, y de la mujer que él abandonó. Ahora la tenía allí, sin poder darse a conocer.

—Le he oído antes preguntar por su padre — le dijo—. Yo le traté mucho.

La pobrecita se echó a llorar:

—¡Pobre padre mío! ¡Murió en el mar! ¡Tanto como le hubiera querido!

"Malacara" tuvo que morderse los labios para no llorar. ¡Ah, se acusaba ahora de su conducta que le había hecho ir a América y abandonar a su mujer y al niño que había de venir... ¡Lo había perdido todo: fortuna, honores, riquezas! ¡Y su mujer había in-

ventado la historia de que él muriera en el mar, para ocultar su deshonra ante su hija!

El se hizo el propósito de no confesar nunca la verdad a María. Pero ahora estaría allí para velar por la muchacha contra aquellos falsarios que usurpaban un nombre glorioso. ¡Porque su hija era una Fitzroy, como lo era él!

En tanto, en el "laboratorio" los cuatro cómplices contemplaban el falso collar que inauguraría la serie de sus famosos y productivos golpes.

Pasaron algunos días. Acababa de llegar a Nueva York lord Fitzroy, quien se entrevistó inmediatamente con Norton para tratar de la evidente falsedad que se cometía.

Norton ya no tuvo duda de que algo tramaban los miserables, y se dispuso a averiguar lo que hubiera.

Mientras tanto, un joyero llamado por "El Señorón" acudía a la casa de éste.

—Su secretario me ha pedido que muestre a usted estas perlas — le dijo.

"El Señorón" examinó el hermoso collar con el que quería "obsequiar" a María. Sonrió ante aquella fortuna. El plan estaba en ejecución.

"El Pasta" llegó a María que estaba sentada en otra habitación, y le dijo:

—María, llaman a su abuelito por teléfono.

La joven corrió hacia el despacho del viejo para advertirle. Como el falso lord había dicho que quería dar "una sorpresa" a su nieta con el regalo del collar, se apresuró a guardar la caja que tenía entre manos en un pequeño armario adosado a la pared. Y dijo al joyero:

—No quiero que mi nieta sospeche...

María entró, transmitiéndole el recado telefónico, y "El Señorón" rogó al joyero le perdonase por un instante. Volvía en seguida. Y salió con la joven.

Los cómplices de "El Señorón" no perdían el tiempo. El armario en que éste había guardado el collar tenía doble fondo y se abría por su parte posterior, que daba al laboratorio.

"El Pasta" abrió la puertecita y sacó el collar legítimo, poniendo en su sustitución el que él había fabricado. ¡160.000 dólares! ¡Admirable!

Entregándolo a Vanner, exclamó:

—Ya está el collar en nuestro poder. Eso de cambiarle las perlas es tan fácil como beberse un vaso de agua.

"El Señorón", después de haber acudido al teléfono, volvió a la estancia donde aguardaba el joyero, abrió el armario y cogió el estuche que guardaba el falso collar.

Se lo entregó al comerciante y le dijo:

—Me quedo con él. Entregaré ahora una cantidad a cuenta hasta que reciba el giro que espero, y en tanto, retenga usted el collar.

El negociante se mostró encantado y marchó sin darse cuenta del "cambiao".

Los cuatro cómplices admiraron la magnífica joya. Aquella misma tarde saldrían de Nueva York, llevándose a María para que nadie sospechara de ellos.

Pero "Malacara" vigilaba...

De pronto surgió una complicación. Lolita, la hija de la señora Nolan, cayó repentinamente enferma en ocasión de ir a ver a su bienhechora. La niña parecía sufrir un caso grave. Y a pesar de la prisa que todos tenían por marchar, tuvieron que instalarla convenientemente mientras llamaban al doctor.

El médico diagnosticó que la enfermita estaba muy grave. Iba a reconocerla detenidamente. Los falsarios no sabían qué partido tomar. Pero si dejaban a María se exponían a que todo fuese descubierto en el

acto. Y María no quería marcharse ante la súbita dolencia de su amiguita...

El tren que conducía a lord Fitzroy y a Adolfo Norton llegaba a Long Island. En el andén les esperaba el joyero a quien Norton, sabedor de que los amigos de María querían negociar con aquél, le había teleografiado sin decirle para qué.

Apenas reunidos los tres hombres, el joyero contestó a una pregunta:

—Sí, acabo de vender un collar de perlas a sir William Fitzroy.

—¡Al falso William Fitzroy! — interrumpió el verdadero lord, exaltado.

—Y ¿dónde tiene usted el collar? Porque nosotros sospechamos... — dijo Norton.

—Oh, lo tengo aquí. Véanlo... Más... éstas perlas son falsas. Me las han cambiado — gritó examinando el interior del estuche.

—No perdamos un minuto. Es una banda de ladrones y hay que cogerla. Llamemos a la policía.

Poco después, Norton, el verdadero sir William y los guardias invadían la casa de "El Señorón".

Los secuaces, que esperaban el resultado de la consulta médica para huir cuanto antes, no pudieron hacer resistencia a la terrible irrupción policiaca.

"El Señorón", "El Pasta" y Timberg cayeron en manos de la ley. Sólo Pedro Vanner, llevando en un bolsillo el famoso collar, escapó por una puerta excusada. Alguien le siguió. Era "Malacara".

María, atraída por los gritos, acudió desolada viendo a la policía y a Norton que parecía capitanearla. ¿Qué ocurría? ¿Por qué su amigo llegaba de aquel modo?

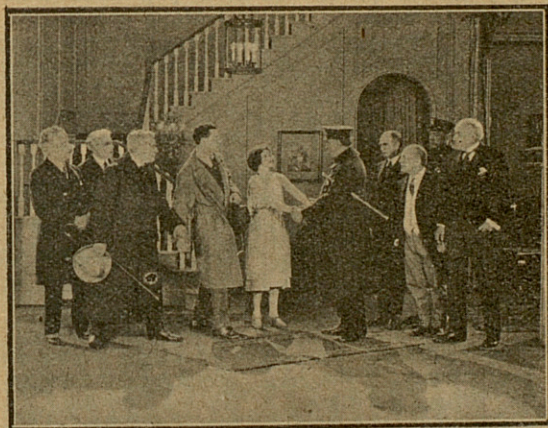
El joyero acusó:

—Me han cambiado las perlas del collar. Las de este son falsas. Son ustedes muy ladrones...

"El Señorón" bajó la cabeza, anonadado.

—Abuelito. ¿verdad que esto no es cierto? Habla... abuelito... — decía la muchacha, sacudiendo la cabeza del anciano.

"El Señorón" no respondió. Sentía lágrimas de



—¡Dios mío... Dios mío... qué desgraciada soy!

vergüenza y rubor. ¡Verse así, ante aquella criatura que le había querido tanto!

—¡Dios mío... Dios mío... qué desgraciada soy! — gimió ella, comprendiendo la terrible verdad.

— No lllore usted, María. He tenido que disculparlos a ellos para salvarla a usted...

El verdadero Lord Fitzroy dirigióse a "El Señorón":

—¡Y usted responderá también ante los Tribunales de haberme usurpado el nombre! ¡Falsario!

—¡Quiero mis perlas... mis perlas...! — repetía el joyero.

—Las tiene Vanner, nuestro compañero...

Los agentes buscaron por toda la casa. Y mientras, el médico que cuidaba de la pequeña enferma entró en la habitación y dijo a María que la niña, pasado el ataque, estaba fuera de peligro.

La pobrecita, llorando, suplicó piedad por sus amigos.

—Pudieron haberse escapado y se quedaron conmigo por no dejarme sola con la niña enferma... ¡No les detenga!

—¡Quiero mis perlas!... — exclamaba el joyero...

Y mientras tanto, Vanner había podido ganar la calle y subir a un automóvil.

Deseaba huir rápidamente. Mas apenas hubo caminado algunos metros cuando alguien surgió a su lado, en el mismo coche:

—No corra tanto, que nos vamos a estrellar... Y vengan las perlas.

Era "Malacara", que había subido al coche sin ser visto por su propietario.

—¡Déjame... miserable!...

Lucharon unos momentos en el auto, hasta que éste, falto de dirección vino a estrallarse en una cuneta, dando la vuelta de campana.

Vanner murió aplastado allí mismo y "Malacara", gravemente herido, tuvo aún fuerzas para apoderarse del collar y volver a la casa de "El Señorón".

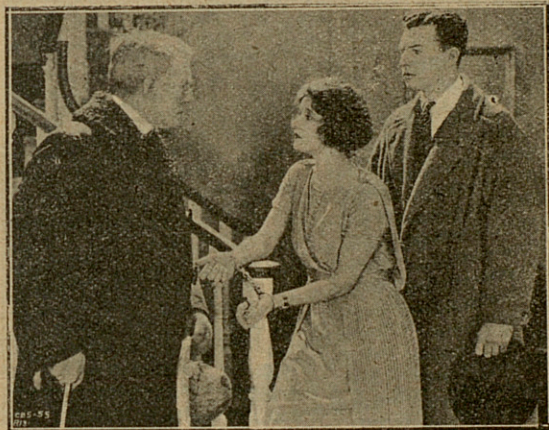
En ella no encontrándose las perlas, habían sido esposados los tres cómplices, y también María, a quien Lord Fitzroy acusaba de haberse inventado aquella historia de su nacimiento.

—¡No, no! — protestaba la chiquilla—. La copa es mía... ¡Mi madre me la dejó al morir!

En vano intercedió Norton por ella. Protestaba furioso contra aquella determinación. ¡Su novia, su

adorada novia, detenida! ¡Ella, inocente y pura como la luz de los campos!

Iban ya todos a salir presos, cuando penetró "Malacara", o sea Fitzroy, que por primera vez en la vida tenía un gesto de honradez.



—La copa es mía. ¡Mi madre me la dejó al morir!

—Aquí están las perlas... El hombre que las robó ha muerto... — dijo.

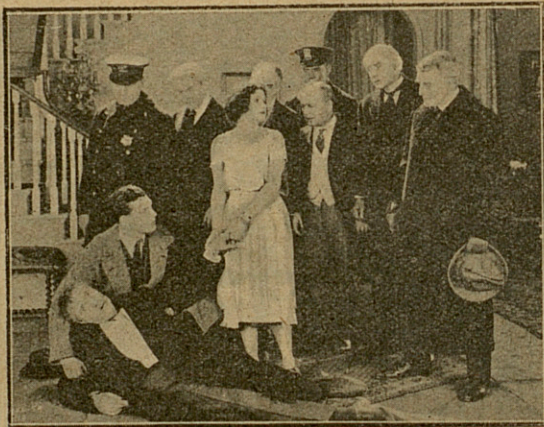
Y entregó el collar al joyero, quien lo guardó con inmensa alegría.

Todos atendieron a ese recién venido que parecía desfallecer.

María pidió de nuevo la libertad para sus amigos. A pesar de que eran unos miserables, a ella le habían tratado siempre bien... Y María era también inocente.

Lord Fitzroy, que contemplaba preocupado a María y al hombre herido, rogó que fueran libertados. También el joyero intercedió... Retirada la acusación, los tres cómplices volvían a verse libres.

Y los falsarios acudieron a María y llenaron sus



—Aquí están las perlas... El hombre que las robó ha muerto...

manos de besos... A la joven le quitó la policía las esposas; era igualmente libre...

"Malacara" fué llevado a un lecho... El médico le hizo una cura, pero diagnosticó que no podía vivir.

En el estertor de la agonía, el herido rogó que le dejaran solo con Lord Fitzroy.

Todos salieron y entonces "Malacara", mirando fijamente al aristócrata irlandés, le dijo:

—¡Padre... padre mío! ¿No me reconoce usted? Los ojos de Lord Fitzroy se abrieron enormemente; sus labios temblaron.

—¡Tú... tú! ¡Hijo!

—¡Sí, tu hijo... no es extraño que no me reconocas... ¡Estoy ya tan viejo! ¡Hace tantos años que no nos veíamos!... Desde que llegué a América, donde me casé con una mujer a la que luego abandoné... Padre, tengo una hija... ella es la que estaba antes con nosotros. ¡Si hubiera sabido que tenía una hija, otra hubiera sido mi conducta en la vida!... desgraciado de existencia desesperada y miserable.

Iba extinguiéndose rápidamente la vida de aquel Lord Fitzroy, anonadado, lloraba...

—Padre — prosiguió el joven con voz entrecortada—. No permitas... que María sepa quien soy... Quiero que siga creyendo que su padre fué un héroe que murió en el mar...

No dijo más. Dobló la cabeza. Había muerto...

Junto a él, su padre lloraba, abatido, sintiendo un inmenso dolor. Pero no había perdido su viaje a América. Recogía el último suspiro de su hijo, regenerado por un gesto noble... y encontraba a su nieta.

Y vacilante, salió para abrazar a María y proclamarla heredera de la noble casa de los Fitzroy...

Algún tiempo después Alfredo Norton casóse con María Malloy y se dispuso a marchar con ella y Lord Fitzroy a Irlanda, para ir a vivir a un viejo castillo.

"El Señorón", "El Pasta" y Timberg habían renegado de su conducta. Tenían instalado en Nueva York un negocio de perlas artificiales, pero todo dentro de la ley... Y la que había hecho el milagro de hacerles buenos era María, la dulce criatura que les indujo a seguir la senda honrada...

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

El divertido vodevil

UNA MUJER PARA VEINTICUATRO HORAS

por Lotte Neumann, Harry Liedtke, etc.

Postal-obsequio: LIVIO PAVANELLI

La Novela Femenina Cinematográfica

sale todos los viernes.

Precio: 30 cts.

¡¡ AL FIN !!

se ha puesto a la venta el libro 14 de las
selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

EL JUDIO ERRANTE

interpretado por GABRIEL GABRIO

¡ Cómprelo antes de que se agote !

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
GRETA GARBO*

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA